

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Benedicto XVI

Mensaje

XCIV JORNADA MUNDIAL DEL EMIGRANTE Y DEL REFUGIADO 2008

Los jóvenes migrantes

13 de enero de 2008

Queridos hermanos y hermanas:

El tema de la Jornada Mundial del Emigrante y el Refugiado invita este año a reflexionar en particular sobre los jóvenes migrantes. En efecto, las noticias diarias hablan con frecuencia de ellos. El gran proceso de globalización del mundo lleva consigo una necesidad de movilidad que impulsa también a muchos jóvenes a emigrar y a vivir lejos de sus familias y de sus países. Como consecuencia de esto, los jóvenes dotados de los mejores recursos intelectuales abandonan a menudo sus países de origen, mientras que en los países que reciben a los migrantes rigen normas que dificultan su integración efectiva. De hecho, el fenómeno de la emigración está siempre expandiéndose y alcanza a un número creciente de personas de todas las condiciones sociales. Por consiguiente, con razón, las instituciones públicas, las organizaciones humanitarias y también la Iglesia católica dedican muchos de sus recursos a atender a estas personas en dificultad.

Los jóvenes migrantes están particularmente afectados por la problemática de la denominada «*dificultad de la doble pertenencia*»: por un lado, sienten fuertemente la necesidad de no perder su cultura de origen, mientras, por el otro, surge en ellos el deseo comprensible de insertarse orgánicamente en la sociedad que los acoge, sin que esto, no obstante, implique una asimilación completa y la consiguiente pérdida

específicos de integración para los jóvenes inmigrados, adaptados a sus necesidades. Será muy importante, también, tratar de crear en las aulas un clima de respeto mutuo y diálogo entre todos los alumnos, sobre la base de los principios y valores universales que son comunes a todas las culturas. El empeño de todos -docentes, familias y estudiantes- contribuirá, ciertamente, a ayudar a los jóvenes migrantes a afrontar del mejor modo posible el desafío de la integración y les dará la posibilidad de adquirir todo lo que pueda ser provechoso para su formación humana, cultural y profesional. Esto vale aún más para los jóvenes refugiados, para los que habrá que preparar programas adecuados, tanto en el ámbito escolar como en el laboral, con el objeto de garantizarles su preparación, proporcionándoles las bases necesarias para una integración correcta en el nuevo mundo social, cultural y profesional.

La Iglesia contempla con especial atención el mundo de los migrantes y pide a los que han recibido una formación cristiana en sus países de origen que hagan fructificar ese patrimonio de fe y de valores evangélicos para que se pueda dar un testimonio coherente en los distintos contextos existenciales. Por esto, precisamente, invito a las comunidades eclesiales de llegada a que acojan cordialmente a los jóvenes y a los niños con sus padres, tratando de comprender sus vicisitudes y de favorecer su integración.

Existe, además, entre los migrantes, como ya escribí en el Mensaje del año pasado, una categoría que se ha de tener especialmente en cuenta: la de los estudiantes de otros países que, por motivos de estudio, se encuentran lejos de casa. Su número aumenta continuamente; son jóvenes que necesitan una pastoral específica porque no sólo son estudiantes, como todos, sino también migrantes temporales. A menudo se sienten solos, presionados por el estudio, y a veces también por las dificultades económicas. La Iglesia, con solicitud maternal, los mira con afecto y procura realizar intervenciones específicas, pastorales y sociales, que tengan en cuenta los grandes recursos de su juventud. Es preciso, igualmente, ayudarles a abrirse al dinamismo de la interculturalidad, enriqueciéndose al estar en contacto con otros estudiantes de culturas y religiones distintas. Para los jóvenes cristianos, esta experiencia de estudio y de formación puede ser un campo útil para madurar su fe, estimulada a abrirse a ese universalismo que es elemento constitutivo de la Iglesia católica.